



3. Pueblos afrodescendientes: Un camino sinodal con rostro propio

Decía el Papa san Juan Pablo II, en su visita a Colombia en el año 1986 que

la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el *ethos* de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus situaciones y en todas sus estructuras¹.

Asimismo en la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales convocada por la UNESCO, se adoptó la *Declaración de México* de 1982, en la cual se habla de la cultura como “el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias”.

Podríamos decir entonces que hablar de las raíces culturales del continente equivale a hacernos la pregunta: ¿Qué es lo que culturalmente nos distingue? En muchos escenarios solemos resolver esta pregunta con afirmar la diversidad étnica y cultural del continente y seguimos de largo como si se tratara de un mero ejercicio de reconocimiento obviando lo que esta diversidad implica.

En esta ocasión la consigna es muy clara; “las raíces culturales”. Eso quiere decir, la Iglesia católica en América Latina y el Caribe nos está invitando a poner nuestra mirada en las entrañas de este continente que el líder aymara Takir Mamani se refirió en la lengua cuna de Panamá como *Abya Yala* y que se traduce en ‘tierra en plena madurez’.

¹ JUAN PABLO II, Discurso a los intelectuales y universitarios (Medellín, 5 de junio de 1986).

Para descubrir esta ‘tierra en plena madurez’, quisiera comparar nuestro continente con el árbol cuya belleza no está en el tronco ni en las ramas sino en las raíces, muchas veces invisibles para el ser humano y donde el verdadero bosque está en el subsuelo donde las raíces se abrazan, se entretejen y se hunden en las profundidades y anchuras buscando alimentos, fuentes de agua y firmeza para la estabilidad de los árboles.

Eso es lo que se me viene a la mente cuando pienso de una eclesiología y una evangelización que, aunque recibida desde Occidente hunde sus raíces en el silencioso hermanamiento entre los mayas, aztecas, chibchas, quechuas, aymaras mapuches, guaraníes, los negros afrodescendientes en general; raizales, palanqueros, garífunas, los antillanos etc.

Mientras que los pueblos originarios viven este hermanamiento bebiendo de las fuentes propias de su identidad y espiritualidad –el territorio–, para las comunidades afrodescendientes al igual que las migraciones europeas y asiáticas la madurez plena implica estar en conexión íntima con sus lugares de origen como clave hermenéutica, entrando así en una dimensión más compleja aun para dimensionar los alcances de sus raíces culturales.

Lo cierto es que cada nación, pueblo y cultura vive cada una de estas experiencias de forma diferente y la convergencia de estas vivencias es lo que hoy nos define culturalmente como continente.

Una gran tentación que tiene la Iglesia católica en el continente, por ejemplo, ha sido tratar lo afrodescendiente a la sombra de los pueblos originarios. Me permito enfocar mi intervención en dos elementos claves.

En un primer momento, quisiera referirme al número 88 del *Documento de Aparecida* que nos dice lo siguiente: “los indígenas constituyen la población más antigua del continente. Están en la raíz primera de la identidad latinoamericana y caribeña. Los afroamericanos constituyen otra raíz que fue arrancada de África y traída aquí como gente esclavizada. La tercera raíz es la población



pobre que migró de Europa desde el siglo XVI, en búsqueda de mejores condiciones de vida y el gran flujo de inmigrantes de todo el mundo desde mediados del siglo XIX. De todos estos grupos y de sus correspondientes culturas se formó el mestizaje que es la base social y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños, como lo reconoció ya la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Puebla, México” (DAp 88).

Ahora bien, no cabe la menor duda que a la sociedad latinoamericana y por consiguiente a la Iglesia católica le ha costado reconocer lo negro y lo indígena que es, no tanto desde la perspectiva demográfica sino desde la esencia que culturalmente la define.

La predominancia de la cultura colonial europea nos ha llevado a seguir jerarquizando nuestras raíces negándonos la posibilidad de descubrir quienes realmente somos material y espiritualmente. En síntesis, podríamos decir que América latina y el Caribe es aún un continente por descubrir en cuanto a su potencial teológica-pastoral para que vuelva a ser el continente de la esperanza como una vez se soñó, pero una esperanza con rostro propio.

En un segundo momento, me permito enfocarme en la raíz que fue arrancada de África y traída aquí como gente esclavizada. La presencia de esta raíz en el continente, me atrevería a decir que constituye el desafío más grande para la Iglesia en América Latina y el Caribe.

Desde muy temprano, en los tiempos Bartolomé de las Casas, la Iglesia siempre se preocupó por los pueblos originarios. La negridumbre ha quedado en la sala de espera o a la sombra de los pueblos originarios. Por eso celebramos nuestra presencia en el sínodo sobre la sinodalidad al igual que la participación plena en esta Asamblea Eclesial como signo de un verdadero Pentecostés social y eclesial.

Con simpleza sorprendente, aún se confunden las raíces culturales del pueblo negro del continente con las carencias en

términos sociales, económicos, políticos e inclusive religiosos. No quisiera desaprovechar esta instancia haciendo referencia a lo evidente en cuanto la pobreza, la marginación, la discriminación y exclusión social hacia la raíz arrancada del África. Tampoco quiero repetir lo que ya sabemos sobre la riqueza social y cultural que hemos recibido de esta población como Iglesia y como sociedad en general.

Al contrario, quisiera apelar a la conciencia religiosa del catolicismo en el continente a que profundicemos en lo que significa esta raíz como un verdadero *kairós*, tal como lo dice Aparecida. Detengámonos un instante y profundicemos en lo que significa que ellos sean “tomados en cuenta en la catolicidad con su cosmovisión, sus valores y sus identidades particulares, para vivir un nuevo Pentecostés eclesial” (Dap 91a).

Después de más de cuatro siglos de esclavitud, qué significa para la Iglesia católica del continente pastorear a quienes ni siquiera llevan ciento setenta años desde que fueron declarados libres. Si los judíos vivieron en Egipto-África durante más de 400 años (cf. Ex 12:40), ¿qué significa eso para el cristianismo en el continente que hoy alberga millones de descendientes de quienes hicieron parte de la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento? Subyace entonces en las raíces del pueblo negro del continente algo más que la diversidad cultural.

La descendencia africana simboliza las raíces desarraigadas vueltas a sembrarse no solo en la geografía continental sino también, especialmente en nuestro caso, en la conciencia del cristianismo. Desde allí la voz de Dios que calma detrás de la piel negra muchas vences invisibilizada ante los ojos del mundo. Esta voz que resuena en los tambores siendo la extensión del latir del corazón humano.

En el marco de una Asamblea Eclesial caracterizada por la escucha y el deseo de caminar juntos, vale la pena preguntarnos ¿cuáles son las aspiraciones más profundas del catolicismo hacia el pueblo negro afrodescendiente en el continente y cuáles son las aspiraciones de estos hacia el catolicismo?



Abya Yala significa mucho para la Iglesia universal, lo cual refleja que la semilla de fe sembrada ha encontrado tierra fértil y el hermanamiento con nuestra identidad cultural ha dado fruto. Según el *Anuario Pontificio 2018*, del total de católicos en el mundo, el 48% vive en América, el 21,5% en Europa y el 11,1% en Asia.

De igual manera, que la Basílica de nuestra Señora de Guadalupe de la Ciudad de México sea el segundo centro religioso católico más visitado en el mundo, después de la Basílica de San Pedro en Roma, es otro signo potente.

Tampoco es gratuito que Brasil sea el país con el mayor número de católicos del mundo, alrededor del 65% de la población nacional. Es a la vez el segundo país con mayor población negra en el mundo. Son datos que deben inquietarnos mientras seguimos interrogándonos sobre el lugar que ocupan las raíces culturales correspondientes. Es tiempo de que salgamos del mito a la realidad sobre la diversidad étnica y cultural de nuestra identidad y celebrarla desde la fe. Hagamos de ella una fuente de espiritualidad, teología, acción pastoral, camino hacia una eclesiología auténticamente latinoamericana y caribeña: un camino sinodal con rostro propio.